

[Relato Corto] La Bruja

Manuel C.S.



© Gerard Kingma

Capítulo 1

En la Ciénaga olía a muerte.

Varios hombres perdieron la vida allí, Jaldur lo sabía.

Se adentró y sus pasos crujían a pesar del lodo. El peso de la armadura abotargaba el viaje. Levantar el pie consistía en levantar también el suelo. El hedor se transpiraba dentro del yelmo.

Caminó durante horas, con la mano sobre el mango de la espada. Otros tal vez hubieran preferido elevarla para que la vaina no se introdujera en el humedal, pero a Jaldur no le importaba. Cambiaría de arma en lo que hubiera terminado su misión. El metal quedaría maldito cuando derramara la sangre por la que había viajado hasta allí.

La niebla opacaba cualquier visión, y la hendidura del casco no ayudaba. Se orientó por el sonido de los cuervos. Sabía que descansarían en el lugar al que se dirigía.

No vio ni insectos, ni sabandijas de ningún tipo. Los únicos animales que vivían allí eran los que no temían la cólera de Dios.

Cada vez estaba más cerca, y tras la niebla pudo entrever el islote. ¿Cuánto llevaba caminando? Estaba empapado por su sudor. Por raro que pareciera, se alegró de haber matado a su caballo antes de llegar a la ciénaga. Al menos le había ahorrado al animal esa parte de la travesía.

El suelo comenzó a inclinarse, y pocos minutos después, ya no caminaba sobre el fango. El tacto del firme le alegró el alma, más su espíritu temblaba.

Agarró con más fuerza la espada, pronto llegaría a la cabaña.

Al poco vio las figuras. Colgaban de las ramas de los árboles de la isla. Se retorcían entre el ramaje alentando al pecado. Los dinteles del infierno. Casi pudo respirar el azufre.

Unos minutos más y pudo divisar la cabaña. Vio los cuervos posados sobre el tejado de paja. La chimenea expulsaba un humo del color de la niebla. ¿Qué estaría quemando Maliva para tal conjuro? No lo quiso pensar, y el no pensarlo redobló su determinación. Volvería con su cabeza o no volvería. Su amada así lo merecía.

Tan solo tuvo que acercarse. La puerta de la choza se abrió, y de la oscuridad de su interior salió la mujer de sus pesadillas. No vestía nada más que su desvergüenza. Sus pechos se derretían sobre el torso. Sus

ojos taladraban el alma. Su sonrisa conjuraba al Diablo.

—Viniste. Al final viniste.

Jaldur la miró. Aferró el pomo hasta tensar sus nudillos.

—Vengo, pero a daros muerte, bruja.

Ella mantuvo la sonrisa. Luego, como si tardara en comprender dicho mensaje, adoptó una mueca de sorpresa.

—¿Darme muerte a mí? ¿Y por que querrías acabar conmigo?

—Bien lo sabéis, súcubo.

Ella rio. Lo hizo con tanta fuerza que los cuervos gruñeron como un eco.

—Yo sí que lo sé, pero creo que elegís mal vuestro objetivo.

—¿Mi objetivo?! ¡Tu cabeza es mi objetivo!

—¿La mía o la de la semilla que guardo en mi vientre?

Él no pestañeó. Pero ella se acarició el vientre.

—Ya sabéis. Esa que tiene tu nariz, tus ojos y tus labios. ¿Habéis venido por eso, no?

Jaldur rugió. Su espada se deslizó por la vaina y el metal centelló.

Cargó contra ella en un grito. Los cuervos se alzaron al vuelo. Ella sin embargo, solo se abrió de brazos. Aceptó el metal cuando le traspasó la carne. La sangre fluyó por su cintura hasta las rodillas. Después al suelo. La atravesó hasta el guardamano, y cara con cara, ella le miró a los ojos.

—Ahora estaremos juntos, amor mío.

—¡Callaos! ¡No dejaré que me maldigáis!

La sangre se escurría por su guantelete. A ella le costaba respirar, pero su sonrisa persistía.

-No es una maldición, es un hecho. No soy bruja, ni de Dios ni del Diablo. Una que conocisteis en una taberna. Luego follamos, como hombre y mujer, ajenos al paraíso o al infierno. Nos amamos. Luego os corristeis, y

la naturaleza hizo su parte.

—¡Cállate! ¡Moríos de una vez! ¡Dejad de blasfemar!

—Te enamoraste de alguien de tu cuna, y visteis en mí una amenaza... Por eso vinisteis. Por eso me mataste.

—¡Pero sois una bruja!

Ella rio y exhaló. Sus ojos se apagaron. Los cuervos volvieron a posarse, y a la vez, comenzaron a graznar con la voz de la mujer que yacía ante sus pies.

—No soy bruja. Nunca lo fui. Soy una excusa para la épica de vuestro pecado. Por eso soñáis conmigo. Por eso estaré siempre a vuestro lado. Yo os amaré, y mi amor se convertirá en la sangre que enturbiará tus manos. Una que no os podréis limpiar ni arañando vuestra piel con alambre de espino.

* * *

Jaldur se despertó jadeando.

Escuchó la seda de las sábanas mientras su amada, a su lado, se revolvía por el sobresalto.

—¿Estás bien, Jaldur? ¿Otra pesadilla?

El simplemente lo negó. Luego volvió a acostarse mientras ella le abrazaba por la espalda, y como tantas otras noches, lloró sin hacer ruido dándole la espalda a la mujer que yacía detrás de él.